

1968:

El año que cambió el mundo, cuatro décadas después¹

Tariq Ali

JAMÁS HABÍA HABIDO UN AÑO COMO AQUÉL:
DESCONTENTO, REBELIÓN Y REVOLUCIÓN.
TARIQ ALI, EN LA VANGUARDIA DE LA ACCIÓN HACE 40 AÑOS,
EXAMINA CÓMO SOPORTAMOS LAS CONSECUENCIAS DE 1968.

Después de las poco profundas décadas de guerra fría atenuada ?el período medio? del pasado siglo, una vigorizante fiebre acaparó la atención del mundo. Su efecto fue tan fuerte que incluso hoy, 40 años después, se organizan conferencias, se escriben ensayos y libros y se elaboran documentales para celebrar el acontecimiento. El relato se ha contado repetidas veces y en numerosas lenguas, pero se niega a irse. ¿Por qué? Una razón banal podría ser la biología: la generación de los sesenta cuenta ahora en torno a los sesenta años y algunos de sus miembros son grandes de la industria editorial, la televisión, el cine, etc., especialmente en Occidente. Ésta podría ser su última oportunidad para recordarlo, porque de aquí a diez años la mayoría de ellos habrá muerto.

En Francia el debate lo reavivó Nicolas Sarkozy, que se jactaba de que su victoria en las últimas elecciones presidenciales era el clavo final del ataúd del 68. “Mayo de 1968 impuso el relativismo intelectual y moral sobre todos nosotros”, declaró Sarkozy. “Los herederos del mayo del 68 nos impusieron la idea según la cual ya no hay diferencia entre el bien y el mal, la verdad y la falsedad, la belleza y la fealdad. La herencia de mayo de 1968 introdujo el cinismo en la sociedad y la política.” Condenó el legado de mayo del 68 incluso por prácticas empresariales inmorales: el culto al dinero, el beneficio a corto plazo, la especulación y los abusos del capitalismo financiero.

1. Tariq Ali es miembro del Consejo Editorial de SP

El ataque del mayo del 68 a los valores éticos ayudó a “debilitar la moral del capitalismo, preparar las bases del capitalismo sin escrúpulos de para-caídas de oro para jefes pícaros”.

Así, somos realmente responsables de Enron, Conrad Black, la crisis de las hipotecas *subprime*, los políticos corruptos, la desregulación, la dictadura del “mercado libre”, una cultura estrangulada por el oportunismo descarado, etc. Danos un respiro, Nicolas.

Los sueños y esperanzas de 1968 ¿eran todos frívolas fantasías? ¿O abortó la cruel historia algo nuevo que estaba a punto de nacer? Los revolucionarios ¿anarquistas utópicos, castristas, toda suerte de trotskistas, maoístas de todos los colores, etc.? querían todo el bosque. Los demócratas liberales y sociales se habían fijado en árboles individuales. El bosque, nos advertían, era una distracción, demasiado amplio e imposible de definir, mientras que un árbol era un trozo de madera que se puede identificar, cultivar, mejorar y pulir en una silla, mesa o cama. Algo útil para el presente. “Eres como un pez que sólo ve el cebo y nunca la caña”, nos burlaríamos, en respuesta. Por nuestra parte creíamos ¿y algunos seguimos creyéndolo? que la gente no debía ser juzgada por sus posesiones materiales, sino por su capacidad para transformar la vida de los otros, los pobres y los más desfavorecidos, que la economía tenía que regularse y reorganizarse en interés de la mayoría, no de los menos, y que el socialismo sin democracia jamás funcionaría.

Por encima de todo creíamos en la libertad de expresión. Los acontecimientos de 1968 fueron, por encima de cualquier otra cosa, una elegía por la revolución impresa. Un boletín libertario publicado por estudiantes franceses en 1968 suena pasado de moda cuando tantos viven en el ciberespacio, pero fue, a la sazón, un himno por la palabra escrita: “folletos, pósteres, boletines, palabras de la calle o palabras infinitas: no están impuestas en beneficio de la efectividad [...]. Pertenecen a la decisión del momento presente. Aparecen y desaparecen. No lo dicen todo; al contrario, lo arruinan todo: son exteriores a todo. Actúan y piensan en fragmentariamente. No dejan ningún rastro [...], como palabras en paredes, están escritas en la inseguridad, comunicadas bajo la amenaza, traen peligro, pasan a través de los transeúntes, que pasan de ellas, las pierden o incluso las olvidan”.

Todo esto parece utópico actualmente para los hombres y mujeres cuyas mentes se han convertido en un mercado dominado por futuros enterrados en el pasado y, cual miembros de antiguas sectas que mudaban fácilmente del libertinaje ritual a la castidad, miran ahora cualquier forma de socialismo como la serpiente que tentó a Eva en el Paraíso.

1968: El año que cambió el mundo, cuatro décadas después

El mundo occidental parecía tranquilo después de la Segunda Guerra Mundial. Las complacientes y autosatisfechas elites de la Europa occidental se aletargaron durante la guerra fría; nunca les había ido tan bien. La Europa oriental estaba menos inactiva: una revuelta en Berlín Este en 1953, una insurrección en Budapest en 1956 y agitaciones en Poznan y Praga algunos años después, que hicieron temblar a la gerontocracia moscovita.

La crisis de los viejos imperios la ejemplificaban las guerras en Argelia, Vietnam, Angola, Mozambique y Guinea-Bissau. Franceses y portugueses se negaron a irse sin lucha. El resultado fue una serie brutal de guerras y derrotas que creó una seria crisis en los países madre, que condujo al final de la Cuarta República en Francia y a una creciente crisis a la senil dictadura bonapartista en Portugal.

La guerra en Vietnam estaba entrando en su tercera y última fase. Ocupado por Francia, después por Japón, brevemente por Gran Bretaña y, después, de nuevo por Francia, los vietnamitas habían perfeccionado sus capacidades de resistencia popular a una modalidad artística que no era bonita ni decorativa. Y en 1957 los líderes de los Estados Unidos, convencidos de la superioridad de la raza blanca y decididos a no dejar a los comunistas vietnamitas que unificaran el país, reemplazaron a Francia como poder colonial y empezaron a enviar soldados para apuntalar a sus títeres locales.

Lo remarcable de 1968 fue la amplitud territorial de la revuelta global. Fue como si una sola chispa hubiera puesto en llamas a todo el campo. Las erupciones de ese año desafiaron a las estructuras de poder en el norte y en el sur, en el este y el oeste. Cada continente fue infectado por el deseo de cambio. Imperaba la esperanza. Fue la guerra lo que atrapó la atención del mundo. A pesar del medio millón de soldados y de la más avanzada tecnología militar entonces conocida, los EEUU no pudieron derrotar a los vietnamitas. Este hecho desencadenó un movimiento antiguerra dentro de los EEUU e infectó al ejército. "Militares contra la guerra" se convirtió en un lema familiar. Y recuerdo haber compartido programa con veteranos negros de la guerra en Berlín. "No quiero ir a Vietnam porque Vietnam es allí donde estoy", coreaba uno de ellos entre aplausos masivos. Sus herederos directos son hoy las Familias de Militares contra la Guerra en Iraq. En 1966-67 pasé seis semanas en Indochina en plenos bombardeos y vi la destrucción y la muerte diarias de civiles desarmados. Eso se queda grabado en la memoria. ¿Cómo puede olvidarse? La agitación por un mundo diferente y en solidaridad con los vietnamitas fue la consecuencia lógica para muchos de esa generación.

Y después, para nuestra total sorpresa, Francia explotó en mayo-junio de

ese año, con un extraordinariamente memorable y hermoso verano. Diez millones de trabajadores en huelga, la mayor de la historia del capitalismo, ocupaciones de fábricas en cuyo transcurso quedó claro que los trabajadores sabían conducir las mejor que cualquier jefe.

El ejemplo de Francia empezó a expandirse e inquietó a los aburridos burócratas moscovitas, lo mismo que a las elites gobernantes occidentales. Estaban de acuerdo en que la gente revoltosa e indisciplinada debía ser puesta en vereda. Robert Escarpit, distinguido corresponsal de *Le Monde*, expresaba bien su estado de ánimo el 23 de julio de 1968: “un francés que viaje al extranjero se sentirá tratado un poco como un convaleciente de una fiebre pernicioso. ¿Cómo podía sanar el sarpullido de las barricadas? ¿Cuál era la temperatura el 29 de mayo a las cinco de la tarde? ¿Está llegando realmente la medicina gaullista a las raíces de la enfermedad? ¿Hay riesgos de alguna recaída? [...] Pero hay una pregunta que apenas ha sido siquiera planteada, acaso por miedo a la respuesta. Pero, francamente, todo el mundo querría saber es si, por suerte o por desgracia, la enfermedad es infecciosa”.

Lo era, ciertamente. Un “mayo sigiloso” tomó el mando en Italia y las amplias manifestaciones antiguerra fueron tratadas casi como insurrecciones por los gobiernos socialdemócratas británico y alemán. El sueco fue excepcional. Allí el ministro de asuntos exteriores, Olaf Palme, permitió un desfile de antorchas ante la embajada de EEUU, que jamás olvidaría. En Praga, los comunistas reformistas ¿muchos de ellos héroes de la resistencia antifascista durante la Segunda Guerra Mundial? habían proclamado un poco antes, en primavera, el “socialismo con rostro humano”. El país había sido bañado por la lava de los debates y discusiones correspondientes en la prensa y la televisión estatales. El objetivo de Alexander Dubcek y sus partidarios era la democratización de la vida política del país. Era el primer paso hacia una democracia socialista y así fue visto en Moscú y Washington. El 21 de agosto los rusos enviaron los tanques y aplastaron el movimiento reformista. Alexander Solzhenitsyn ha comentado posteriormente que la invasión soviética de Checoslovaquia fue para él la gota que colmó el vaso. Entonces se percató de que el sistema jamás podría ser reformado desde dentro, sino que tendría que ser derrocado. No estaba solo. Los burócratas moscovitas habían decidido su propio destino.

Después, ese mismo año, justo antes de las Olimpiadas, los estudiantes mejicanos que pedían el final de la opresión y del gobierno de partido único fueron masacrados. Y después, en noviembre, entró en erupción Pakistán. Los estudiantes tomaron el aparato estatal de una dictadura militar corrupta apoyada por los EEUU (¿les suena?). Se les unieron trabajadores, abo-

gados, empleados de cuello blanco, prostitutas y otras clases sociales, y a pesar de la dura represión (mataron a centenares de ellos), el conflicto creció en intensidad y derrocó a Marshal Ayub Khan en marzo de 1969. El país estaba en gran estado de agitación. Había alegría. La victoria permitió las primeras elecciones generales de la historia del país. Los nacionalistas bengalíes del este de Pakistán obtuvieron la mayoría, que la elite y los políticos clave se negaron a aceptar. La sangrienta guerra civil permitió la intervención militar india y acabó con el viejo Pakistán. Bangladesh fue el resultado de una sangrienta cesárea. Hubo ondas en todas partes, incluyendo la oposición de Gough Whitlam a la guerra del Vietnam y su consiguiente victoria, y gobierno durante cuatro años, en Australia, que supuso una breve interrupción del servilismo de la elite política australiana.

El derrumbamiento del “comunismo” creó las bases para un nuevo contrato social, el consenso de Washington, a través del cual la desregulación y la entrada del capital privado en los ámbitos hasta ahora de provisión pública se convertiría en norma por doquier, convirtiendo a la democracia social en redundante y amenazando el propio proceso democrático. El propio pleno empleo es considerado actualmente una utopía. El hecho de que ningún partido de centroizquierda pueda hoy proponer siquiera impuestos redistributivos de la renta es indicativo de hasta dónde han sido obligados sus líderes a desplazarse. Esos partidos están totalmente desnortados. Su modelo es el estilo de los Patachunta y Patachún de la política estadounidense.

La esperanza ha renacido en Sudamérica, donde los movimientos sociales desde abajo han obtenido victorias electorales en varios países, con Venezuela a la cabeza. En Occidente mismo, la crisis económica se insinúa: las sociedades no pueden vivir eternamente de prestado. El cambio más significativo que hemos presenciado ha sido una alteración estructural del mercado mundial: Extremo Oriente es ahora central para el futuro del capitalismo. Actualmente China es el taller del mundo, como en el siglo XIX lo fuera Gran Bretaña. El impacto de ello en la política mundial ya ha empezado a sentirse. El gigante medio dormido puede despertarse cualquier día con consecuencias sorprendentes.

Muchos de aquellos que otrora soñaran con un mundo mejor se han rendido. *A menos de que aprendas no ganarás* es la amarga máxima que propugnan e, irónicamente, la *intelligentsia* francesa es actualmente la peor y preside el declive de la cultura de ese país.

Los renegados se sientan en cada gobierno europeo recordando uno de los tiernos reproches de Shelley a Wordsworth, en que, después de dar la bienvenida a la Revolución francesa, se retrotraía a un conservadurismo pasto-

ral: “En la honrada pobreza cantó tu voz canciones consagradas a la verdad y la libertad, abandonándolas me has apenado, porque has sido, así, lo que deberías haber dejado de ser”.

Me acuerdo de otro poeta, el norteamericano Thomas McGrath, que a mediados del siglo pasado defendía el radicalismo de los años treinta. Su poema *Letter To An Imaginary Friend* podría aplicarse tan bien hoy como en los sesenta:

*Palabrería montaraz, ¡qué fácil echarse a reír!
No viene al caso; nunca vino al caso.
Lo real fue la generosidad, la atenta esperanza,
El deseo, expreso y genuino, de engendrar el bien.
Ahora, en otro otoño, nuevamente regidos
Por una tiniebla añeja que hiela a los hombres,
Cae la escarcha sobre
Las sidéreas ruinas de mi jardín.
Sobre mi esperanza.
Sobre
Mis años muertos, generosamente entregados.
Ahora, en las heladas calles,
Oigo voces de montería, y el sostenido estrépito del dinero.*

*[Wild talk, and easy enough to laugh.
That's not the point and never was the point.
What was real was the generosity, expectant hope,
The open and true desire to create the good.
Now, in another autumn, in our new dispensation
Of an ancient, man-chilling dark, the frost drops over
My garden's starry wreckage.
Over my hope.
Over
The generous dead of my years.
Now, in the chill streets
I hear the hunting and the long thunder of money ...]*